

EL TESORO DE FRANCIA

Francisco PEÑUELAS LLINÁS



Antecedentes



A historia que aquí se cuenta se remonta a la primavera del año 1954 y para ambientarse en ella hay que situarse con los conocimientos que del buceo se tenía entonces. En aquella época estaba yo destinado como jefe de estudios de la Escuela de Buzos de Cartagena, razón por la que me tocó vivirla.

El buceo de aquella época era efectuado solamente por profesionales, y los equipos con los que se trabajaba, estaban compuestos de trajes de lona impermeables, una escafandra metálica que se atornillaba al collarín que llevaba el traje en el cuello, escapulario de plomo y botas con suela emplomada, manguera de aire, cabo guía de señales y cable telefónico. Era el llamado traje de buzo clásico.

Las profundidades que se alcanzaban normalmente entonces eran de 50 metros para los profesionales buenos, pero lo normal eran los 20 ó 25 metros. No obstante, en la Armada, los buzos con experiencia, para alcanzar el grado de mayor dentro del Cuerpo, tenían que hacer unos cursos que los validaban para una profundidad de 62 metros, aptitud que perdían al cumplir los 50 años, manteniendo la de 50 metros hasta su retiro.

Las razones de estas profundidades están en las tablas de descompresión, las cuales incrementan extraordinariamente los tiempos empleados en la descompresión y reducen de la misma forma los tiempos útiles de trabajo en el fondo, a medida que aumentan las profundidades.

Un día se presentó en la escuela un catalán llamado Gimbernat, el cual nos ofreció unos equipos de buceo autónomos, sin manguera y con los cuales el buzo podía adquirir cualquier posición en el agua sin problema respiratorio alguno. Eran las primitivas escafandras autónomas.

La primera prueba la hicimos el buzo Fernando Sanmartín y yo, bajando ambos a 15 metros. Viendo el comportamiento y la sencillez de su manejo, pusimos en marcha el correspondiente expediente para la compra de 30 equipos completos.

Ya llevaban los equipos varios meses en la escuela y empezaban los buzos a familiarizarse con ellos, cuando un viernes se me presentó el sargento buzo Navarro Raja y me pidió por favor que le prestase dos trajes de goma y dos



Teniente de navío Francisco Peñuelas Llinás, 1954. Tanque de escape de la Base de Submarinos.

reductoras con botellas. Los trajes eran de goma y se pegaban a la carne haciendo moraduras. El neopreno fue algunos años después.

Al preguntarle a Navarro para qué los quería, como la cosa más natural del mundo, me contestó que para ir el domingo en el yate de un amigo suyo a buscar el tesoro. Puse cara de sordo y le dije que le contestaría por la tarde cuando terminaran todas las inmersiones del día.

Llamé al buzo mayor de cargo Pedro Nieto, hombre de toda mi confianza y honrado como el que más. Le conté lo sucedido, así como la petición que me había hecho Navarro. Le pregunté si él sabía algo del asunto. Su cara de extrañeza no se me olvida y su contestación fue que era cosa conocida de todos los buzos. Le pedí que me contara lo que supiera y más o menos fue lo siguiente:

Cuando se produjo la ofensiva alemana sobre Francia, el gobierno francés, ante el temor de que el tesoro cayera en poder de los alemanes, dio orden de su traslado del Banco de Francia al Banco de Argelia, donde se podría recuperar cuando se firmara la paz. En aquellos años Argelia era una provincia francesa adicta al general De Gaulle.

El traslado se efectuó en aviones franceses y, como España era neutral, ordenaron que fueran volando sobre la costa española a muy baja cota ante el peligro de ser detectados y derribados por la aviación alemana.

Llegaron todos los aviones con su carga, menos uno, que según los rumores descargó en pleno vuelo los lingotes en una zona comprendida aproximadamente entre isla Grosa y cabo de Palos, corriendo el veril de los 25 metros. Aseguran que la información era de buena fuente y que la dotación de ese avión fue fusilada en Argelia a las 48 horas de su llegada.

Investigación

Con la información recibida fui a ver al capitán de navío director de la Escuela de Buzos y le conté todo lo que sabía.

El director, a la vista de que urgía tomar una decisión rápida, llamó por teléfono al capitán de navío Francisco Nuñez, jefe de Estado Mayor de la Capitanía del Mediterráneo. La contestación inmediata fue que me presentase en su despacho para informarle directamente.

Me personé en el despacho del jefe de Estado Mayor y, después de oírme, me mandó sentar en el sofá hasta que terminara de despachar con sus jefes de sección. Mi impresión mientras estuve allí sentado era que estaba pensando en como despedirme y que creía que lo que le había relatado era un cuento y yo un inocente. Estaba equivocado.

Pasada alrededor de media hora, entró a despachar con él el jefe de la Sección de Información y jefe del SIP (Servicio de Información de Personal). El jefe de Estado Mayor me pidió que me sentara a su mesa y el del SIP informó que en archivo figuraba anotado un expediente antiguo referente al asunto, pero que el tal expediente había desaparecido.

Como no teníamos más información, el jefe de Estado Mayor me ordenó que volviera a mi trabajo y le prestara los equipos a Navarro sin darle la menor importancia y que si sabía algo más me entendiese directamente con él por teléfono.

El domingo recibo una llamada telefónica desde capitanía preguntando si un buzo llamado Navarro Raja estaba autorizado a tener dos equipos de buceo propiedad de la Escuela de Buzos para usos particulares. Al decir que sí e interesarme por el motivo de dicha la pregunta, me explica el jefe de servicio que es porque le han detenido junto con un civil amigo suyo para hacerle un registro al yate con el que habían atracado en Portman.

Se trataba de identificarle, llevaba aún puesto el traje de goma, y decidieron consultarme, ya que el jefe de servicio tenía orden de efectuar durante todo el día el seguimiento de su barco desde tierra, habiéndolo comenzado a las ocho de la mañana con orden de registrarlo e interrogar a la dotación en cuanto tocara tierra.



(Foto: Javier Peñuelas).

Después de mi conversación con el jefe de servicio informándole de lo que se buscaba y visto que no llevaban nada a bordo, los dejaron en libertad, pero naturalmente ya se había dado la voz de alarma en toda la Escuela de Buzos.

El lunes a las 10 de la mañana me vino a ver a mi despacho otro buzo que decía conocer la historia del tesoro y que me podrían informar dos personas; una era un pescador de Santa Lucía, del que no sabía el nombre, aunque se apodaba el Gato, y el otro, un buzo mayor llamado Pedro Buyolo, que estaba destinado en la Base de Submarinos.

El mismo día y sobre las doce de la mañana, me llamó el capitán de navío jefe de Estado Mayor y, al contarle lo del Gato y Buyolo, me dio orden de dedicarme durante la semana a recopilar información y que el

lunes siguiente saliera en comisión con la *San Joaquín* para cabo de Palos, con el personal de buzos que creyera conveniente, y utilizase para alojamiento la antigua Estación de Salvamento de Buques. La duración de esta comisión debería ser de 15 días máximo y, dado el tiempo que deberíamos estar fuera de la base, me asignaba como jefe de máquinas de la *San Joaquín* al mecánico mayor Víctor García. (Este señor estaba embarcado en el submarino G-7 y era el padre del actual capitán de navío Silvestre García, que en su día fue jefe de la Flotilla de Submarinos).

La antigua Estación de Salvamento de Buques era un caserón donde se guardaban aparejos, puntales, estachas, etc, y que poco tiempo después de las fechas a que me refiero, por disolverse la Comisión de Salvamento de Buques, fue vendida la estación y sus terrenos, estando actualmente ubicado en ellos el restaurante El Mosqui.

Durante la semana me dediqué a la información.

La localización del Gato fue muy fácil, ya que en Santa Lucía en aquellos tiempos la flota pesquera era pequeña y todos los pescadores se conocían.

La entrevista fue muy cordial, pero en aquellos momentos no valoré todo lo que me contó, pues después de repetir lo que yo ya sabía me indicó que el que me podía dar más datos era el celador de puerto y pesca que había en aquella época. Este dato debía ser primordial poco después al entrevistarme con Buyolo.

La entrevista con Buyolo se desarrolló en otros términos. Le llamé a mi despacho y le pedí que me contara, con toda serie de detalles, cuanto supiera o le hubieran contado sobre el asunto.

Al terminar la guerra nuestra, ingresó en el Cuerpo de Buzos de la Armada y aquellos años fueron de penuria y escasez. Un día, siendo ya suboficial, le fueron a buscar dos señores, de los que uno de ellos dijo ser coronel de Aviación, y le ofrecieron trabajar en cabo de Palos durante el permiso de verano. (Buyolo, de carácter reservado, fue siempre un íntegro y magnífico profesional). Las condiciones económicas eran muy buenas, superiores a lo normalmente establecido para estos trabajos de buceo.

Aceptado el trabajo se personó en cabo Palos en la fecha convenida. Las directrices que le dieron fueron que él mirara bajo el agua y que todo lo extraño que viera lo comunicara a la embarcación por teléfono y ya le dirían después si tenía algo más que hacer. Se trataba de hacer una búsqueda en guindola. Preguntó que era lo que tenía que buscar y le contestaron que eso no le interesaba y que se limitara a contar lo que viera.

La búsqueda quedaba sujeta a la derrota que en superficie quisieran trazar y que él desconocía. Naturalmente, entre inmersión y salida a superficie no sabía por donde andaba pero, como el barco con buzo en guindola anda poco para que ésta no salga a superficie por efecto de la velocidad, sabe que estuvo entre isla Grosa y cabo de Palos. Las pasadas las hacían con la guindola a 20 metros y él era el que decía si tenían que ir más a tierra o hacia la mar, con objeto de no perder de vista nunca el fondo ni chocarse contra él.

Llevaban unos veinte días trabajando, cuando el que decía ser coronel de Aviación se tuvo que marchar, pues según dijeron había ascendido a general y, como era uno de los dos que accionaban la bomba de suministro de aire al buzo, hubo que paralizar la búsqueda.

Como no trabajaba a gusto, ya que no sabía lo que buscaba y tenían con él grandes reservas de información, aprovechó la ocasión para despedirse de ellos y ya nunca más supo del asunto.

Ésa era toda la información que me podía dar, pero que quizá pudiera ampliar el actual celador de Puerto y Pesca de cabo de Palos, un sargento



Buzo en guindola listo para hacer inmersión.

procedente de condestable que se llamaba Antonio Prefasi, hijo del que desempeñaba este destino en la época de los hechos que me había relatado.

Como en aquella época se trabajaba hasta medio día del sábado, en compensación, el jueves por la tarde no teníamos trabajo y decidí ir entonces a ver a Prefasi. Me acababa de comprar una Vespa y me hacía ilusión hacer un viaje hasta cabo de Palos.

Mientras tanto, me fui informando de lo que era el tesoro de una nación. Me leí una serie de libros, reportajes, artículos, etc., y que, resumiendo, consiste en bloques o lingotes de oro puro de forma trapezoidal. Los lingotes llevaban una capa de plomo para protegerlos durante el traslado y que no sufrieran desgaste. Todos iban marcados con unos sellos estampados sobre el plomo.

Después de comer el jueves, fui a cabo de Palos a casa de Prefasi, que me atendió con mucho afecto. Había estado embarcado conmigo en el *Guadalete*.

Corroboró todo lo que ya sabía, y me amplió que había estado una pareja de alemanes durante dos años buceando a diario en la zona y que desaparecieron de cabo de Palos un invierno en que un fuerte levante destrozó su barco al arrojarlo contra las piedras estando fondeado.

Las salidas a la mar de estos alemanes, por orden del capitán general de Cartagena, almirante Bastarreche, fueron controladas por la pareja de la Guardia Civil y su padre, el de Prefasi, que era entonces el celador de Puerto y Pesca y que falleció unos años después. La orden era vigilar si sacaban algo del barco a su regreso de la mar. En varias ocasiones entraron en el barco para ver lo que tenían. Nunca encontraron nada.

Terminada la entrevista con Prefasi, le anuncié que el lunes siguiente llegaría con la *San Joaquín*, con el mecánico mayor Víctor García, el buzo mayor Pedro Nieto, dos buzos profesores y ocho cabos buzos alumnos. Empleando diez buzos tenía cubiertas todas las horas de luz y no perderíamos tiempo alguno.

La búsqueda

Así, con toda esta información y gran expectación por nuestra parte, emprendimos *la búsqueda del tesoro*.

Llegamos a cabo de Palos después de una navegación con muy buen tiempo y la dotación con un alto espíritu de trabajo, pues todos estaban enterados de que íbamos a buscar oro. Sabíamos que aunque lo encontrásemos no iba a ser para nosotros, a lo sumo nos podrían dar una pequeña gratificación. Nuestra excitación debía ser parecida a la de los mineros buscadores de oro de las películas.

En aquellos años, este tipo de comisiones se hacía sin dietas y lo único que nos pagaban era la ración de marinería para comer. Teníamos que administrar-



(Foto: Javier Peñuelas).

nos con ese dinero y pasábamos bastante hambre, siendo los buzos los pioneros, junto con los submarinos, del rancho único para toda la dotación sin distinción de empleos.

Esta condición nos impedía a oficiales y suboficiales mejorar la comida por nuestra cuenta. Para dar una idea del espíritu de colaboración que reinaba en la *San Joaquín*, puedo contar el detalle de que, como no llevábamos cocinero —no cabía—, de la comida se encargaba don Víctor que era un gran aficionado a la cocina y lo hacía de maravilla. Creo que nadie ha comido más pulpos y de más distintas maneras que nosotros en aquella época, ya que era lo único gratis que recolectaban los buzos.

Empezamos aquella misma tarde nuestro trabajo de rastreo, dándole a la guindola profundidad de 15 metros. Después de tres días pasamos a 20 metros y en estas condiciones llegamos a la mañana del viernes. Sobre las 12 horas, el buzo que iba en la guindola comunicó por teléfono que a su izquierda, y en fondos de 30 metros aproximadamente, veía una especie de piedra grisácea oscura y que pedía permiso para descolgarse de la guindola.

El estado de ánimo de todos nosotros no se alteró, ya que supusimos que era una falsa alarma. No obstante, paramos el motor y por indicaciones del buzo maniobramos para situarnos en la vertical del avistamiento. Autoricé al buzo a que bajara a reconocer lo que nos había contado y hubo unos minutos de silencio telefónico hasta que se oyó un grito del telefonista diciendo que el buzo había encontrado un lingote que pesaba bastante. Su profundidad

era de 30 metros, pero había un talud a 15 ó 20 metros de distancia sin que se viese el fondo, y que en ese talud se veían distanciados más lingotes, pareciendo que se encontraban sobre una línea. Entonces sí aumentó la adrenalina de todos los que estábamos en superficie. Envié una cesta, por emisario, al buzo para que fuera metiendo los lingotes, prohibiéndole bajar a más de 40 metros, ya que con el tiempo que llevaba en inmersión entraría en la segunda tabla de descompresión y nos dejaría inmovilizados bastante tiempo. Izamos a bordo la cesta y nos encontramos con dos lingotes de las características aproximadas que buscábamos.

Después de izar al buzo y tomar enfilaciones para posicionar el lugar, nos dirigimos al fondeadero para estudiar la situación y comer, con el pensamiento de regresar a la zona por la tarde y continuar la búsqueda, con objeto de recoger todos los lingotes que encontráramos y pudiéramos cargar.

Mientras navegábamos en demanda del fondeadero situado en la playa de levante, pusimos uno de los lingotes en el banco de trabajo y empezamos a rascarlo suavemente, con la consiguiente sorpresa de que era plomo lo que veíamos. A pesar de ello, nuestro optimismo no decreció, pues todos sabíamos que para el traslado del oro se le recubría de plomo y pudiera ser que debajo de la capa vista estuviese el oro. Dije a don Pedro que le metiera la segueta al lingote y aquello fue desesperante para nuestro estado de ánimo. La segueta se embotaba con el plomo y no penetraba.

Con gran paciencia continuamos intentando penetrar en el lingote hasta que, de pronto, el buzo que tenía la segueta dijo que estaba cortando los lados de una bolsa de aire. Efectivamente, se había perforado una capa y se veía a unos dos centímetros en el interior otra capa. En aquel momento don Pedro dijo una frase lapidaria que no se me olvidará nunca y que demuestra las condiciones en las que trabajábamos: «Don Francisco, como eso sea el oro, menuda paella nos vamos a comer». Llevábamos cinco días comiendo pulpo en todas sus formas.

Final

El final fue que logramos partir el bloque en dos partes por su centro y la desilusión cundió en la dotación.

No obstante comprobar que eran de plomo los lingotes encontrados, por la tarde volvimos al sitio y recogimos cuatro lingotes más, pensando en continuar en sucesivos días hasta agotar el tiempo de comisión ordenado.

Por la noche saltó un levante duro y tuvimos que levar y marcharnos al socaire de cabo de Palos. De madrugada, como el tiempo no amainaba y creía que nuestra embarcación podía peligrar si continuaba arreciando el levante, decidí volver a Cartagena y regresar con buen tiempo si me autorizaban, cosa que no ocurrió.

A mi llegada a Cartagena informé de todo al jefe de Estado Mayor y a mi director, hice el correspondiente parte de campaña y entregué los lingotes de plomo en Capitanía para que fueran inspeccionados por personal técnico. Al poco tiempo me enteré que en el análisis del plomo había un tanto por ciento de plata muy superior al que lleva el plomo actual y que, según los cálculos de los entendidos, los lingotes pertenecían al lastre que llevaba un barco de bandera sueca o noruega, que debió tocar con su obra viva uno de los bajos de cabo de Palos, haciéndose una vía de agua por donde se le fueron desprendiendo los lingotes de los bajos fondos donde almacenaba el lastre.

La creencia del abanderamiento es debida al sello que llevaban los lingotes en su parte alta. El tesoro probablemente es uno de tantos de los que se han detectado en la zona de cabo de Palos.

De los lingotes, al cabo de los años, he visto en la escalera de Capitanía dos de ellos y otro en casa de un jefe amigo. Los tres estaban colocados sobre un pedestal de madera de teca pulimentada y barnizada, como objeto decorativo.

Cuando volví al cabo de diez años para mandar un submarino, quise revivir el asunto con el entonces jefe de Estudios, pero no encontré colaboración alguna. Incluso mi parte de campaña, con los datos de la parte explorada, enfilaciones, profundidades, etc., se había perdido y no fue posible encontrarlo. Hay que decir, en honor a la verdad, que durante ese periodo de tiempo, la Escuela de Buzos se había transformado en el actual Centro de Buceo de la Armada, habiéndose trasladado a la Estación Naval de La Algameca, desapareciendo la antigua configuración y organización.

Como veréis, fue una bonita y emocionante aventura, de las muchas vividas a lo largo de mis cuarenta y nueve años de servicio en la Armada.

Conclusión

Tal vez, con los modernos sistemas actuales de búsqueda submarina, el rastreo de dicha zona no suponga un gran esfuerzo, desde luego no tanto como el que suponía llevar a un buzo colgado en una guindola. No hay noticias desde entonces de que haya aparecido en aquella zona ningún tesoro como el buscado, por lo que, caso de ser ciertas las informaciones, debe seguir esperando al afortunado que casualmente se encuentre con él o a aquel que tenga la fe y determinación de encontrarlo.

